

ANDREA IZQUIERDO



SEGUNDA PARTE

LA CHICA DEL

*Zodiaco*

ACUARIO • PISCIS • ARIES • TAURO

 Planeta

ANDREA IZQUIERDO

SEGUNDA PARTE

LA CHICA DEL  
*Zodiaco*

ACUARIO • PISCIS • ARIES • TAURO

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Andrea Izquierdo, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Ilustraciones del interior: © Lookatcia

Primera edición: noviembre de 2022

Depósito legal: B. 18.570-2022

ISBN: 978-84-08-26344-9

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

# CAPÍTULO 1

≡

## EL DEL HOSPITAL

Durante las casi doce horas que ha durado el vuelo, he sido incapaz de mirar a Connor a la cara. El viaje en tren a Valencia es más de lo mismo. Mi hermano se pone las gafas de sol y yo intento conectarme al wifi para tener datos y avisar a mi padre de que ya vamos en camino. Cuando lo consigo, me dice que no hay novedades sobre mi madre, lo que es una buena noticia, considerando la situación. Sigue en la UCI y está sedada.

Llegamos a la estación Joaquín Sorolla y, sin buscarlo, veo una cara conocida entre la multitud. Martina, mi hermana mayor, que está embarazadísima. Lleva un conjunto de ropa nueva de premamá y nos espera junto a Gastón, que ya nos ha visto. El hombre nos saluda con la mano para llamar nuestra atención y camino hacia ellos.

—Anna —me saluda mi hermana con un abrazo extraño, casi de lado.

Hace lo mismo con Raúl y rezo para que no note nada raro en él ni haga preguntas. Sin embargo, Raúl sabe guardar la compostura, como si no hubiera pasado las peores horas de su vida a bordo de un avión transatlántico.

Vivir en una familia como la mía le ha enseñado a mentir muy bien, y eso que ha sido el niño pequeño mimado. Le presenta a Connor y Gastón se ofrece a llevar mi maleta mientras abandonamos la estación. Le digo que no por compromiso, pero en realidad ahora mismo me dejaría hasta llevar en brazos. Mi reloj biológico está en otro huso horario y mi cabeza me mar-

tillea con cada paso que doy, como si fuera yo la que tuviera resaca química.

—¿Esta es tu primera vez en España? —le pregunta Gastón a Connor.

Agradezco su intención de aliviar el ambiente, porque la situación es tan tensa que cualquier comentario podría desatar una pelea. Martina está tan embarazada que no debería llevarse más disgustos. Con el de mi madre ha sido suficiente, como para contarle por qué Raúl está medio zumbado.

Pista: no tiene nada que ver con el *jet lag*.

Además, no puedo quitarme de la cabeza la última vez que vi a mi hermana. En la cena de Navidad, cuando estaba casi de cinco meses, de la que me levanté y no volví tras una discusión terrible. Si ya era antes la hermana mediana y apestada, ahora sería probablemente la desquiciada, quizá incluso la guarra que se había ido a Estados Unidos a desatarse. No he querido pensar demasiado en ello, pero a veces me pregunto cómo me vería desde España la gente que me conoce.

Ya en el coche, Connor y Gastón mantienen una conversación formal sobre las costumbres españolas. Es todavía más raro escuchar a Gastón hablando en inglés con su acento francés. Miro por la ventana mientras rodeamos mi ciudad natal, pensando en esas calles por las que tengo una mezcla de amor y odio, y de pronto nos desviamos. Claro, vamos directos al hospital. Gastón aparca cerca de la entrada principal y se queda con Connor en el coche para darnos privacidad, pero mi hermana insiste en que no se queden solos en el aparcamiento. Sigo a Martina por los pasillos como un zombi. Espero que no deba repetir yo sola este camino, ya que tengo la cabeza demasiado embotada como para recordarlo, y llegamos a la habitación donde está ingresada mamá.

—Solo puede pasar una persona —nos informa Martina.

Me aparto instintivamente. Ya sé cómo funcionan las cosas aquí. De los tres, yo soy la última, y es un puesto que hace años que he asumido.

Dejo que Raúl entre primero a ver a mi madre. Cruzamos miradas un segundo, ahora que no lleva las gafas de sol, y durante un instante pienso en freírlo a preguntas y decirle de todo. Pero sé que no es el momento, así que lo dejo pasar y bajo la cabeza. Como siempre. Cumplo mi papel en la familia y esta vez lo llevo con más honra que otras, ya que me he cansado de participar en esta lucha por ser la favorita de mis padres. Si algo he aprendido estos meses es que, si me paso la vida buscando su aprobación, solo voy a cansarme y a agotarme mentalmente.

Nos sentamos en la sala de espera más cercana, en una esquina.

—Cuéntame más o menos lo que sabes de mamá —le pido a Martina.

—Estaba con papá tan tranquila cuando le pasó, llamaron enseguida a una ambulancia y la trajeron al hospital. Llevará ya... —hace cuentas en su cabeza— un día y medio, más o menos, en la UCI. Le hicieron un TAC al llegar y la intubaron, está sedada, así que no creo que Raúl tarde mucho en volver. Además, las horas de visita son muy restringidas aquí. Habéis tenido suerte de venir ahora, porque en el próximo turno no nos dejan pasar más.

—¿Por qué?

Martina se encoge de hombros.

—Solo tenemos dos horas al día para visitarla, en turno de mañana y tarde —dice Gastón—. Justo antes viene el médico y nos informa un poco sobre cómo evoluciona vuestra madre. Ayer nos dijeron que tenía una afectación en la función respiratoria y una hemiparesia severa, aunque afortunadamente es reversible. Eso quiere decir que tiene una mitad del cuerpo paralizada, pero con rehabilitación y paciencia podrá ir recuperándose.

—¿Podrá seguir caminando, entonces?

—Parece ser que sí —responde Martina.

Gastón le pasa el brazo por encima de los hombros para reconfortarla. A mi lado, Connor nos mira como si estuviera viendo un partido de tenis del que no conoce las reglas, solo sigue la

pelota de lado a lado y asiente de vez en cuando. Durante un momento pienso en traducírselo al inglés, pero no me apetece hablar con él. De hecho, no quiero saber nada de él. Ni siquiera sé por qué ha venido hasta aquí. Lo más probable, porque se siente culpable de lo que le ha pasado a Raúl y querrá tener la conciencia tranquila.

—Normal... —murmuro, todavía en mis pensamientos.

—¿Qué? —pregunta Martina.

Niego con la cabeza, quitándole importancia, y justo en ese momento regresa mi hermano.

—Voy a pasar a verla, aunque sea un momento.

Me levanto de la silla y me acerco a la puerta que separa la UCI del pasillo, pero una mujer me corta el paso enseguida.

—Lo siento, el turno de visitas ya se ha terminado. Puede volver en el siguiente.

Abro la boca para responder, pero no me sale ninguna palabra. Sé cómo son estas cosas y, por más que chille y me enfade, no me van a dejar pasar. Me gustaría ver a mi madre, claro, pero si está sedada tampoco va a cambiar nada que yo entre a visitarla. Murmuro algo parecido a un «gracias» y me doy la vuelta, tan embobada que me doy de bruces con alguien vestido de blanco.

—Perdona, perdón, perdón. Ha sido sin querer, de verdad, perdóname. —Todas las palabras que no habían salido de mi boca hasta ahora se me acumulan y brotan atropelladamente.

—Joder —farfulla el médico.

Me sigo disculpando hasta que él da un paso atrás. Lo esquivo por la izquierda sin mirarlo a la cara de la vergüenza y camino hacia la sala de espera con las mejillas encendidas. Espero unos instantes junto a la puerta para relajarme mientras escucho sus voces de fondo.

—No me ha dado tiempo a entrar —les digo, en cuanto ya estoy un poco más tranquila después de chocar con el médico.

En el poco rato que he estado fuera, casi todos los visitantes que estaban en la sala se han marchado y ya solo quedan una pareja joven, una mujer mayor y nosotros.

—Vámonos a casa —propone Gastón de camino al aparcamiento—, os podéis quedar todos a dormir ahí. Tenemos una habitación de invitados con una cama doble, que será pronto la del bebé, y un sofá cama en el salón.

Asiento, aunque no sé si es una propuesta meditada con tiempo o algo que han decidido mientras he estado fuera.

Me dejo caer en el mismo asiento trasero que he ocupado al venir al hospital y miro por la ventanilla del coche, con la cabeza apoyada, haciendo esfuerzos por que no se me cierren los ojos. Cuando nos paramos en un semáforo miro las calles como si nunca lo hubiera hecho, tratando de encontrar algo diferente a lo que dejé atrás, pero mi fuerza de voluntad es tan débil que me quedo dormida hasta que Gastón aparca el coche. Hago como que no ha pasado nada y arrastro mi maleta sin decir ni una palabra. Antes de que asignen las habitaciones y me toque con mi hermano, me ofrezco a dormir sola en el sofá cama del salón. Sé que esta primera noche me va a costar descansar por el maldito *jet lag*, así que prefiero poder estar sola, a mi bola, sin nadie que me moleste.

El resto del día pasa más rápido de lo esperado y Martina y Gastón acuden a su cita semanal de yoga para parejas que están esperando un bebé. Raúl nos ofrece salir a tomar algo para enseñarle la ciudad a Connor, pero no me apetece estar con ellos. Me invento cualquier excusa rápida y les digo que tengo que teletrabajar para que me dejen tranquila. Cuando me quedo sola en casa, me siento como cuando tenía quince años y por fin podía hacer lo que me diera la gana: básicamente, tumbarme en el sofá con el móvil sin que nadie viniera a molestarme.

Pongo un rato la televisión, pero la quito enseguida y aprovecho para darme una ducha bien larga. Me siento como una persona nueva cuando salgo con el pelo mojado y la espalda masajeadada por el cabezal de ducha del baño de mi hermana. Dios, esto es como un hotel. Todos los muebles están impecables y la ducha parece que la instalaron hace apenas unos días.



A veces, desearía haber sido ella. Tener una vida más fácil, más tranquila. Martina ya lo tiene todo: un trabajo estable, un marido, una casa y, ahora, un bebé en camino. Toda su vida está perfectamente organizada y vive en una especie de casa de muñecas, limpia y ordenada. Yo he sido más bien lo contrario. Digamos que, mientras ella tiene una carpeta gigante donde guarda todos los documentos importantes por orden alfabético, yo ni siquiera sé, ahora mismo, dónde tengo la tarjeta sanitaria, y ya ni hablemos del título universitario y cosas así.

Me dejo caer en el sofá de nuevo, pero me levanto enseguida. Entro en la habitación de invitados y enciendo la luz. Enseguida me doy cuenta de que la han cambiado desde la última vez que entré aquí. Han pintado las paredes y la mitad de los muebles han desaparecido. En su lugar, ahora, hay un saco lleno de peluches, un armario pequeño de madera pintado a mano y unos cuadros de animales en las paredes. La cama de matrimonio sigue ahí y justo a su lado hay una cuna enorme, blanca y brillante. Me imagino a mi futuro sobrino ahí metido, mirándome a los ojos, y me da una especie de escalofrío un poco raro.

Niños. No entiendo cómo a la gente le pueden gustar tanto si solo son unos monstruitos que llegan para poner tu vida patas arriba.

Me siento en una mecedora que parece ser también nueva y miro al techo. Paso así un par de minutos, con la mente en blanco, y entonces es cuando todo el peso de la realidad me cae encima de golpe. Estoy en España. No solo eso, sino en casa de mi hermana, con Raül, incluso con Connor, porque mi madre ha estado a punto de morir y todavía no ha salido de peligro. Se me hace un nudo en la garganta. O quizá lo llevo arrastrando desde que hemos salido de casa de mi hermano y no me he dado cuenta hasta ahora, que me he permitido parar un momento y escuchar a mi cuerpo y mis pensamientos.

Joder, estoy muerta de miedo. Mi mundo se ha detenido, pero siento que el de los demás sigue girando, como cuando te

paras en mitad de una concurrida estación de metro. Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Ni siquiera cuando cancelé mi boda en la propia ceremonia tuve esta sensación. En ese momento tenía miedo, sí, pero era diferente. Ahí me sentía histérica. Ahora, desamparada.

Cierro los ojos antes de ponerme a llorar, pero un par de lágrimas se derraman por mis mejillas sin poder evitarlo. Me rugen las tripas del hambre, pero soy incapaz de pensar en comer ahora mismo. Es como si tuviera el estómago cerrado. Qué sabio es el cuerpo a veces, que sabe que algo va mal. Terriblemente mal.

Intento calmarme y regresar a la realidad. Me obligo a pensar en que no hay nada ahora mismo que yo pueda hacer por mi madre, excepto estar ahí para mi familia y poder ayudar en todo lo que haga falta. Sin pensarlo dos veces, desbloqueo mi móvil y le envío un mensaje a mi padre para preguntarle cómo está. Creo que es la primera vez en toda mi vida que hago esto y solo sirve para que me sienta más culpable. Lo bloqueo de nuevo y lo dejo en sonido por cualquier cosa que pueda pasar. Me quedo así, quieta, durante no sé cuantos minutos, hasta que escucho la llave girando en la cerradura de la entrada y vuelvo corriendo al salón, como si hubiera hecho algo malo.

—Ya estamos aquí —dice mi hermana.

—¡Qué rápido! —respondo, y no sé si es una simple observación o un lamento.

Gastón me ayuda a sacar el sofá cama mientras Martina me acerca unas sábanas limpias. La hacemos en un momento y no me doy cuenta hasta entonces de que ya son las nueve de la noche pasadas.

—Nosotros ya hemos cenado, así que nos iremos enseguida a dormir. ¿Y Raül?

—Aún no han vuelto.

—Ah..., bueno, pues ya volverán. Llevan llaves, así que... —dice ella a modo de despedida.

—Que descanséis.

—Igualmente.

Los dos se encierran en su habitación y me meto en la cama, aunque sé que no voy a poder conciliar el sueño ni loca. Envío algunos mensajes a Julia, mi mejor amiga de California, y a Lucía, su homóloga en España. Me han estado preguntando continuamente por mi madre, pero apenas he tenido tiempo, ni ganas, ni conexión a Internet para responderles. Solo respondo a mi padre, a quien no he podido ver todavía por su trabajo, pero lo haré por fin mañana. Bloqueo la pantalla e intento relajarme, con el pelo todavía un poco húmedo de mi ducha, paso un tiempo con el móvil y me hago la dormida cuando mi hermano y Connor vuelven del centro sobre las once de la noche.